



No es loco el que quiere, sino el que puede

Luis-Salvador López Herrero

Psicoanalista y médico de familia.

Centro de Salud José Aguado. León

Resumen

Desde sus comienzos, y a diferencia de otras teorizaciones acerca de la psicosis (biológicas, psicológicas, sociales), el psicoanálisis de orientación lacaniana siempre ha concedido un valor esencial a la vertiente simbólica en la comprensión de la locura. El lenguaje, el significante del Nombre del Padre, y su ausencia a través de un mecanismo específico (forclusión), han sido los instrumentos que han venido a clarificar, tanto la causa como su descalabro final. Es esta misma especificidad causal la que nos ha permitido sostener que no es loco el que quiere, sino el que puede. Pero además, en sus últimos años de enseñanza, Lacan ha sabido interrogar a la esencia de la locura hasta hacer de ella el núcleo originario del ser parlante.

Palabras claves: Psicosis. Lenguaje. Nombre del Padre. Forclusión.

Abstract

From the beginning, and in contrast to other theories of psychosis (biological, psychological, social), lacanian psychoanalysis has always given a fundamental importance to the symbolic aspect in an understanding of psychosis. Language, the signifier the Name of the Father, and its absence via a specific mechanism (foreclosure), have been the instruments which have served to clarify both the cause and the final eruption of psychosis. It is this causal specificity which has allowed lacanian psychoanalysts to maintain that the one who is mad is not the person who wants to be, but rather the person who can be. Furthermore, in his last years of teaching, Lacan explored the essence of madness to the point of making madness the original nucleus of the speaking subject.

Key words: Psychosis. Language. Name of the Father. Foreclosure.

No es loco el que quiere, sino el que puede¹

A la hora de plantear el abordaje de la psicosis caben diferentes lecturas. Así, es posible ubicarla, desde el postulado organicista, como

el lugar de una experiencia morbosa resultante del descalabro de un proceso bioquímico o neurofisiológico, supuestamente conocido o presto

(1) Ponencia presentada en la Jornada *El enigma de la locura*, organizada en León por el Círculo Psicoanalítico de León, el 23 de Octubre de 2002.



a descubrirse en un futuro no muy lejano. Evidentemente, según este planteamiento, nada hay que comprender en la psicosis. Al fin y al cabo, nadie intentaría comprender a una máquina que presenta unos circuitos alterados en su interior. Los fallos a este nivel simplemente se explican, pero no se comprenden, según la terminología empleada por Dilthey en la dilucidación de los fenómenos psíquicos que será más tarde adoptada por Jaspers.

También se podría plantear la psicosis, desde la perspectiva cognitiva, como el efecto paradójico de una percepción y del procesamiento anómalo de la información, que tiene, como resultado, un intento fallido de la comunicación y su proceso. Es verdad que el cuidado en el tono y el enunciado de las palabras permite mejorar el nivel de comprensión con los demás, pero lo que se desprende finalmente de este planteamiento acerca de la comunicación es que, salvando ciertas distancias, la comunicación siempre es posible. Sin embargo, lo que percibimos continuamente es que, si la comunicación es fuente de malentendidos e interferencias, no es porque exista un fallo en la recepción o en la emisión de las palabras, sino porque en rigor éstas nunca llegan a transmitir todo aquello que se quiere expresar. Pues siempre falta algo en el contexto de nuestro enunciado que nos impide abrochar el significado de las frases de una forma plena, total. De ahí el malentendido perpetuo en que vivimos y la insistencia de nuestras frases por completar lo imposible de decir. Y es que la teoría de la comunicación no tiene en cuenta la incompletud del lenguaje, es decir, la carencia y el sin-sentido que gravita en el interior del lenguaje. De ahí una afirmación: no todo se puede decir.

Pero también podríamos plantear la psicosis, saliéndonos de esta línea patológica, como una respuesta o salida posible ante un supuesto armazón social de carácter enajenador.

Resuenan en este punto los ecos del movimiento surrealista de los años veinte, que, abanderados finalmente por todo el movimiento antipsiquiátrico (Laing, Cooper) y psicoanalítico (Winnicott, Balint) de los años sesenta, harían de la experiencia de la locura un intento de emancipación y liberación. Para todos estos autores, en cierta medida, la locura vendría a ser entendida como un proceso de creatividad y desarrollo personal inédito en busca de la liberación, y el loco como un místico aventurero en busca de una autenticidad. De ahí que propongan la presencia de un entorno envolvente, acogedor, regresivo o de sostén que permita el desarrollo de esa personalidad auténtica que se encuentra secuestrada. Aun cuando en este momento no comparto esta posición, todos estos modelos sí suponen, sin embargo, un marco de interés a la hora de plantear las relaciones existentes entre la locura, el problema de la libertad y los límites de la existencia, a la vez que vienen a cuestionar plenamente la concepción clásica de normalidad psíquica. En este sentido, son modelos que suponen un cierto avance a la hora de abordar el problema de la locura, o el desconocimiento esencial de la locura; algo que a Lacan (1) se le antoja que debe abordarse dentro del propio corazón de la dialéctica del ser.²

¿Qué se propone el psicoanálisis lacaniano? ¿Cuál es su apuesta? Que el ser humano, siguiendo a Freud, no es un cuerpo, como se pretende desde una concepción materialista, ni tampoco una mente, como se aboga desde el idealismo más trascendental, sino un cuerpo atravesado por el lenguaje. Y subrayo la palabra *atravesado* para remarcar la idea de desgarramiento, de hendidura, de herida, que supone este encuentro dramático entre el ser vivo y el lenguaje. Vamos a ver qué implicaciones tiene esta manera de plantear “*el cuerpo atravesado por el lenguaje*”, en todo aquello

(2) No hay que olvidar que, concretamente, *el yo dividido* de Ronald Laing es un alegato en torno a la libertad a través de las teorías existencialistas sartreanas.



que se aborda, bajo el epígrafe de las enfermedades mentales y, más concretamente, con relación a la psicosis.

Que el cuerpo está atravesado por el lenguaje es algo que ya conocemos desde los primeros trabajos de Freud. Sus trabajos sobre la histeria nos reflejan claramente que el cuerpo en la histeria, con sus manifestaciones corporales funcionales, se rebela contra las reglas de la anatomía. Pero Lacan va a explorar y desarrollar esta cuestión, siguiendo el legado freudiano, hasta sus últimas consecuencias para hacer de la estructura psicótica la normalidad de la estructura del ser parlante.

Cuerpo y lenguaje son, por tanto, dos aspectos que debemos tener ya presentes en la comprensión de la psicosis. Ahora bien, la importancia para el psicoanálisis de la dimensión del cuerpo y del lenguaje no radica en la relación independiente entre ambos, sino en esa interacción que tiene como efecto la producción del sujeto del inconsciente. Este punto, que es fundamental para el psicoanálisis -en tanto que es el fundamento del postulado psicoanalítico acerca del origen del inconsciente-, se presenta ahora como algo absolutamente relevante a la hora de plantear la siguiente cuestión: ¿cuál es la relación entre este sujeto, efecto del lenguaje, y el Lenguaje -el Otro del lenguaje- en la psicosis?

Uno de los aspectos más intrigantes que han existido a lo largo de la historia, a la hora de abordar la psicosis, ha sido la pregunta acerca del sentido del síntoma.³ Podemos comenzar por preguntarnos si el chapurreo incesante y confuso de palabras en la psicosis, o su configuración más ordenada a través del delirio, ¿puede ser entendido, siguiendo a Freud, como un mensaje presto a ser descifrado?

El psicoanálisis plantea desde Freud, siguiendo el modelo de la represión en la neurosis, que el síntoma psicótico, y el delirio lo era para Freud, podía ser entendido como un acto de creación del sujeto que, insertado en su propia biografía, buscaba, a través de ese grito en el vacío, un sentido. Me permito un inciso a propósito de este punto para comprender la manera como Freud entendía la vertiente de lo inconsciente en la psicosis. Dalí, nuestro anfitrión, aludió en diferentes foros a una frase que Freud mencionaba con relación a la pintura surrealista, y que marcaba claramente su pensamiento acerca de la psicosis: "*En las pinturas clásicas busco lo subconsciente; en una pintura surrealista lo consciente*". (4) Más allá de esa intencionalidad con la que Freud pudo haber formulado esta frase que tanto había impactado a Dalí, hay un aspecto que a mí, personalmente, siempre me ha llamado la atención, y que guarda relación con el personaje y su obra. Lo que despierta la obra daliniana es, justamente, una relación muy inmediata con lo inconsciente. En palabras de Freud, en la obra surrealista es como si se pudiera percibir lo inconsciente a "cielo abierto", esto es, como si se tratara de un inconsciente exteriorizado y presto a ser leído. Y es que, a diferencia del neurótico, el psicótico tiene una relación de inmediatez total con el Otro del lenguaje, es decir, no hay ninguna barrera que se interponga entre el sujeto y el Otro para desviar los efectos del lenguaje entre ambos. Si en la neurosis, la relación con el Otro siempre va a estar velada por la pantalla de lo imaginario y por el fantasma, en la psicosis, sin embargo, hay siempre una relación directa entre el Otro y el sujeto.

Sin embargo, ¿cómo plantear, desde Lacan, la estructura psicótica y su fenómeno, la locura? En primer lugar, como la consecuencia de una falla acontecida en el devenir y la constitución de nuestro sujeto parlante, que nos muestra la

(3) Lacan afirmaba, desde muy temprano, que "*el fenómeno de la locura no es separable del problema de la significación para el ser en general, es decir, del lenguaje para el hombre*". (3)



locura no como un insulto a la libertad -tal y como sería formulado por Henri Ey-, sino, más bien, como su más fiel compañera (5). Pero también, y es lo importante, como esa estructura donde se percibe de la manera más cruda y *real*, esa vertiente que nos infiltra a todos los seres humanos desde el inicio de la vida⁴, y que, en el caso de la psicosis, por su falla esencial permite mostrarnos el sinsentido originario que gravita en el corazón del lenguaje. De ahí que podamos ir avanzando otra afirmación: la psicosis es la normalidad.

Ahora bien, ¿cómo podemos articular, desde el psicoanálisis, esta defensa de la locura con relación a los límites de la existencia y la normalidad de la estructura psicótica -que por otra parte ya defendía Salvador Dalí⁵ con esa intuición popular acerca de la supuesta libertad del loco y del temor que los cuerdos sienten hacia ese pozo de locura que aparentemente acecha en cada uno de nosotros?

Es verdad que siempre ha existido un temor y una preocupación a lo largo de la historia en relación con la locura y los locos. Es ese punto enigmático que desde la poesía siempre se ha mencionado como la incógnita que habita en cada uno de nosotros, y que incluso a través de teorías psicoanalíticas recientes se ha llegado a matizar como ese supuesto núcleo psicótico presto a irrumpir en el seno de la personalidad neurótica. Pero aclaremos ciertas cuestiones. Si la locura transmite tanta inquietud, temor y preocupación a los cuerdos, es porque, en realidad, apunta a un pozo de sinsentido, a un vacío enigmático que nos bordea y que no es más que el agujero mismo que introduce el lenguaje al captar el ser vivo. Es, precisamente, esa misma oscuridad que se muestra presente de forma velada en todos aquellos que creen ser

“normales”. De ahí que el enigma que produce en todos nosotros la locura no sea más que la incógnita que introduce la dimensión propia del lenguaje en el ser vivo, en ese ser que irremediablemente se ha perdido por la intrusión de lo simbólico.

Hagamos entonces, ahora, una cierta matización a nuestra afirmación de base. Es verdad que la psicosis es la normalidad, pero la normalidad básica de la estructura del ser parlante; es decir, la psicosis es la estructura misma del ser parlante, pero mostrada a “cielo abierto”, siguiendo el planteamiento freudiano. Como nos dice Lacan, *“Lejos, pues, de ser la locura el hecho contingente de las fragilidades de su organismo, es la permanente virtualidad de una grieta abierta en su esencia”* (9).

Abordemos más detenidamente este punto, a qué dimensión me estaba refiriendo cuando anteriormente planteaba que *“la psicosis era la demostración más cruda y real de una dimensión que nos infiltra a todos los seres humanos y que se muestra a cielo abierto”*. A la vertiente del lenguaje que como vertiente simbólica viene a determinar a nuestro sujeto, es decir, que no hay sujeto sin lenguaje ni otra realidad que no sea la que proporciona lo simbólico. En definitiva, no hay realidad que no esté sostenida y definida por lo simbólico. Y es que lo único que asegura al sujeto una sujeción a la realidad convencional, hasta el punto de definirla y acotarla, es la vertiente simbólica a través del significante del Nombre del Padre. Por ejemplo, el día y la noche se marcan, justamente, por la mediación de lo simbólico.

Rimbaud –nuestro poeta por excelencia que trata de desnudar el contenido de las palabras para llegar a su esencia- se adelanta a la lógica

(4) La Biblia se hace eco de este punto cuando intuye: *“[...] al principio era el Verbo”* (6).

(5) En cuanto a la defensa que Dalí hacía por la locura, no hay más que recordar su *Declaración de la independencia de la imaginación y de los derechos de hombre a su propia locura* (7), así como su apuesta por el método paranoico crítico como instrumento de conocimiento de la realidad (8).



lacaniana e intuye en su *primera carta del Vidente* una cuestión muy interesante acerca del poder del lenguaje y su funcionamiento específico (el automatismo): “*Ahora me encanallo cuanto puedo. ¿Por qué? Quiero ser poeta, y trabajo para convertirme en Vidente: usted no comprenderá nada y yo no sabría casi explicárselo. Se trata de llegar a lo desconocido mediante el desorden de todos los sentidos. Los sufrimientos son enormes, pero hay que ser fuerte, haber nacido poeta, y yo me he reconocido como poeta. No tengo culpa alguna. Es falso decir: yo pienso; se debería decir me piensan.*”⁶ *Perdón por el juego de palabras.*

¡Yo es otro!

¡Tanto peor para la madera que se cree violín, y a la mierda los inconscientes que ergotizan sobre lo que desconocen por completo!” (10).

Y es que el lenguaje no sólo nos muestra la radicalidad de su presencia y preexistencia en nuestro mundo humano -en tanto todos, neuróticos, psicóticos o perversos, estamos capturados y habitados por el lenguaje-, sino que incluso, y la psicosis es su más fiel exponente, somos hablados por él, esto es, el lenguaje habla en nosotros (11).

Sujeto y lenguaje son, por tanto, dos elementos clave en la comprensión inicial de la psicosis en Lacan. De ahí que Lacan llegue a plantear la psicosis como una perturbación del sujeto, efecto del lenguaje, en su relación con este Otro del lenguaje que nos habita, afirmación que apuesta claramente por la presencia de alteraciones del lenguaje en la psicosis. Es decir, el lenguaje, como estructura (las reglas)⁷, y como discurso (las palabras)⁸, preexiste a la

entrada del sujeto en el mundo; y el sujeto, como tal, no es más que un efecto de él. De ahí que el sujeto del que hablamos en psicoanálisis (sujeto del inconsciente) -que no es el yo ni la persona, y que se escribe como sujeto barrado (\$) sea un sujeto dividido, en tanto que él es un efecto del lenguaje, y, más concretamente, de la incompletud del lenguaje para poder decirlo todo. Lo que implica que en rigor, y en contra del sentido común, el sujeto, en tanto que es un efecto del lenguaje, no es dueño de lo que dice, ni es él quien fabrica el lenguaje, sino que el lenguaje, que le preexiste y habita en él, habla de él. Nuestro sujeto hay que pensarlo, entonces, como un efecto evanescente del juego de los significantes. Fíjense que es esto mismo lo que nosotros podemos percibir claramente en la psicosis desencadenada; es ese tormento incesante de las voces: el Otro me habla, me persigue, me ordena... En definitiva, el Otro quiere mi mal.

Pero, también -y es la otra dimensión que aporta este atravesamiento del ser vivo por el lenguaje-, sujeto dividido apunta a esta otra vertiente pulsional en donde la psicosis, con esa mortificación tan característica del cuerpo, es su fiel exponente. Nos referimos a la dimensión que surge como efecto de la acción del lenguaje en el cuerpo,⁹ y que supone claramente el empuje de esa fuerza muda que atenta contra nosotros mismos (la pulsión o el goce). Porque, si como intuye La Biblia, “[...] *al principio era el Verbo [...] y el verbo se hizo carne*”, hay que pensar que es la acción del lenguaje sobre el cuerpo vivo la que viene a perturbar y pervertir al ser humano hasta producir ese efecto tan característico de mortificación y desvitalización del cuerpo. No hay más que ver la fragmentación corporal que acontece en la psicosis para

(6) “Me piensan” equivaldría a decir me hablan, en tanto que no hay pensamiento sin significantes.

(7) Como decía anteriormente: “[...] *al principio era el Verbo*”.

(8) Tal y como ya intuía la Biblia: “*Hay una insistencia en que la Palabra proyectaba hablar al hombre antes de que éste existiese*” (12).

(9) Nuevamente la Biblia se acerca a este punto cuando señala: “[...] *el Verbo se hizo carne*” (13).



comprender esta dimensión tan dramática que puede producir el lenguaje cuando no hay mediación simbólica suficiente.

Ahora bien; esta manera de abordar la psicosis a través de las alteraciones que acontecen en el lenguaje,¹⁰ fruto de la perturbación de la relación del sujeto con el Otro del lenguaje, supone un punto muy importante en el planteamiento de Lacan, que, a la vez que le diferencia claramente de la clínica psiquiátrica actual, le permite rescatar y desarrollar lo que fueron sus antecedentes: la psiquiatría clásica y su relación con la subjetividad, y el surrealismo y su apuesta por la locura.¹¹

La cuestión, entonces, que debía desarrollar Lacan no es tanto la presencia de un sujeto en la psicosis, sino qué sujeto le corresponde, en verdad, a la psicosis; y, también, cómo articular este sujeto, efecto del lenguaje, con este automatismo propio del lenguaje.¹² Para ello, Lacan va a partir de los fenómenos elementales¹³ y del automatismo de los mismos, para ubicar así el fundamento de la psicosis.¹⁴ No hay que olvidar, por ejemplo, que la alucinación verbal, como fenómeno elemental, nos muestra claramente la conexión entre el lenguaje y el automatismo mediante esa voz que se impone, pero una voz,

y esto es lo importante, que se muestra desprovista inicialmente de todo sentido. Es, precisamente, este aspecto del lenguaje (automatismo, imposición y opacidad) en el contexto de la relación entre el Otro y el sujeto, y no la pura fenomenología como tal, lo que Lacan va a entender como fundamento de la psicosis.

De esta manera, y a través del automatismo con que se vivencia la alucinación (esa voz que se impone), Lacan da cuenta de la separación y determinación tan radical que precipita el lenguaje en el sujeto, así como de la mortificación a la que le somete cuando no existe mediación simbólica alguna. Es decir, la alucinación verbal nos muestra de la manera más fehaciente posible la determinación del sujeto por el Otro del lenguaje: las palabras hablan solas y hablan del sujeto. Una determinación que, mientras que en la neurosis se muestra velada -a través de ese yo que se cree dueño y amo de lo que dice-, en la psicosis adquiere su dimensión brutal. Es este funcionamiento normal de la estructura del lenguaje, es esta loca lengua (Lalengua) que nos habita y que se muestra opacamente y sin sentido, lo que nosotros podemos percibir claramente, y a "cielo abierto", en ese desgarramiento que supone el desencadenamiento en la psicosis.

-
- (10) Alteraciones del lenguaje que vienen moduladas por la afectación de las dos grandes leyes que lo rigen: la metáfora y la metonimia. De ahí que aparezca en la psicosis, junto a los neologismos y demás fenómenos lingüísticos, esa incapacidad de metaforización o de sustitución de un significante por otro significante, o bien, ese estribillo vertiginoso carente de significación que anuncia el grito metonímico
- (11) Si el surrealismo se propone borrar las barreras entre la locura y la normalidad psíquica, Lacan va a hacer del fenómeno de la locura el ser mismo del hombre. *"Hemos de ver que la cuestión de la verdad condicional en su esencia al fenómeno de la locura y que, de querer soslayarlo, se castra a este fenómeno de la significación, con cuyo auxilio pienso mostrar que aquél tiene que ver con el ser mismo del hombre"* (14).
- (12) Automatismo del que ya habían dado cuenta los poetas. En concreto Rimbaud y, posteriormente, el surrealismo, mediante el automatismo psíquico, de acuerdo con el postulado freudiano.
- (13) El Fenómeno elemental puede ser planteado como la certeza de una significación que acompaña al sin sentido de un fenómeno de la percepción o del pensamiento. En términos psicoanalíticos esto sucede cuando lo simbólico desfalleciente confina con lo real de un goce.
- (14) Una de las novedades que introduce Lacan, siguiendo la conceptualización lingüística freudiana (el psicótico en su intento de resitar su libido introyectada en el yo catectiza no los objetos y cosas del mundo, sino las palabras), es entender la alucinación como un fenómeno lingüístico. De ahí el trabajo pormenorizado que se toma Lacan acerca del valor del lenguaje en la psicosis.



De ahí que Lacan aborde de manera exitosa la temática de la locura mediante una pregunta revulsiva. Si la estructura del lenguaje es como es, ¿por qué no llega a enloquecernos a todos? ¿Qué hace que algunos sujetos no se muestren locos? Pregunta que invita a pensar, por otra parte, en esa vivencia límite que detenta nuestro psicótico frente a ese ordenamiento simplista que supone el mundo neurótico. Pero también, claro está, el precio tan importante que ha de pagar por su experiencia y libertad inédita: el ostracismo social; o, en términos lacanianos, la ruptura del lazo social.

Ahora bien, a pesar del funcionamiento de esta loca lengua, no todos estamos locos. Es decir: “no es loco el que quiere,¹⁵ sino el que puede”. Y subrayo la palabra es, recordando la famosa frase de Salvador Dalí: “*La única diferencia entre un loco y yo, es que yo no **estoy loco***”¹⁶ (16). Ser y estar nos dan muestras, así, de una riqueza conceptual de nuestro lenguaje que no es tan sugestiva en otras lenguas. Es decir, se puede ser y no estar loco, o bien, estar loco y serlo; pero también se puede estar como loco y, sin embargo, no serlo. La histeria y el trance obsesivo en sus diferentes modalidades nos dan cuenta de ello. Incluso Freud, en diferentes pasajes, alude al vocablo *delirio* sin configurarlo exactamente en el contexto de la psi-

cosis. Recordemos, por ejemplo, el *hombre de las ratas* o la *Gradiva* de Jensen, ese famoso texto que le sirvió a Dalí para ubicar su prototipo de curación a través de Gala.

Y es que es bien conocido que no todo sujeto psicótico está literalmente loco. Dalí, precisamente, lo manifestaba muy bien con esa frase,¹⁷ y Lacan, compañero de tertulia ocasional del pintor catalán, lo expresaba también claramente cuando decía: “*En ocasiones también hay taburetes de tres patas que se sostienen durante cierto tiempo*”.¹⁸

Entonces, ¿qué hace que un sujeto sea psicótico más allá de la envoltura aparente, pero siempre confusa, de la fenomenología, o más allá de ese estar en el mundo bajo un ropaje aparentemente estabilizado?¹⁹ ¿Qué permite que de ese parloteo inicial de letras sin sentido²⁰ se pueda llegar a configurar una significación que nos permite habitar un mundo humano medianamente comprensible? ¿Cuál es el punto y el mecanismo específico de la psicosis? Evidentemente, si no todos escuchamos voces; si a todos no se nos imponen las letras de una manera intrusiva, es por la efectuación de una función en la estructura del ser parlante de cuya existencia sólo tenemos constancia a partir de la psicosis. Es decir, es la psicosis la que nos

(15) “*Para romper tan severa afirmación con el humor de nuestra juventud, muy cierto es que, como hubimos de escribirlo con una fórmula lapidaria en el muro de nuestra sala de guardia, ‘No se vuelve loco el que quiere’*” (15).

(16) La frase fue expresada por primera vez en una recepción oficial que se le dio al pintor en la *Casa de las Españas* y que apareció en ‘Información cultural’ (La Prensa, Nueva York, 12 de diciembre de 1934, p. 4 y 6 (17).

(17) “*La única diferencia entre un loco y yo, es que yo no estoy loco*”.

(18) “*Todos los taburetes no tienen cuatro patas. Algunos se sostienen con tres. Pero, entonces, no es posible que falte ningún otro, si no la cosa anda muy mal. Pues bien, sepan que los puntos de apoyo significantes que sostienen el mundillo de los hombrecitos solitarios de la multitud moderna, son muy reducidos en número. Puede que al comienzo el taburete no tenga suficientes pies, pero que igual se sostenga hasta cierto momento, cuando el sujeto, en determinada encrucijada de su historia biográfica, confronta ese defecto que existe desde siempre. Para designarlo os hemos contentado por el momento con el término de *Verwerfung**” (18).

(19) Porque también hay que pensar que existen psicosis sin desencadenar.

(20) Porque al principio era el Verbo, pero también el Caos (19).



muestra lo que es ser un neurótico. Y esta función, que no es otra sino el Nombre del Padre, es un elemento significativo. Es el significativo primordial que instaura la Ley en el campo del lenguaje, y en la relación del sujeto con sus semejantes, que tiene como tarea organizar el conjunto de los significantes y permitir que entre el sujeto y el Otro del lenguaje medie una distancia. Es esta mediación introducida por este significativo primordial la que introduce un orden que permite que no escuchemos voces ni cuchichilleos sin sentido, sino palabras cargadas de significación.

La psicosis, mediante la ruptura con el signo lingüístico y la significación común, da cuenta de una libertad en la utilización de las palabras que es el resultado del rechazo radical (forclusión) de ese significativo fundamental –significante del Nombre del Padre– que viene a organizar el conjunto de los significantes. El resultado de este rechazo es lo que permite que el sujeto se vea invadido por el lenguaje, parasitado por unas letras que, de manera indefectible, hablan solas ante la perplejidad inicial del sujeto, mostrándonos en su propio funcionamiento automático un grado de independencia total con respecto a ese emisor que no se puede reconocer como tal.²¹

Si el significativo del Nombre del Padre, como función, permite el ordenamiento de ese caos inicial que supone el lenguaje, la forclusión, como rechazo del significativo del Nombre del Padre, permite la intrusión de la cascada significativa, pero ahora ya sin ningún tipo de orden ni sentido. El sujeto psicótico vive, así, esta experiencia invasiva de las palabras como si de un simple receptor se tratara, y sin poder llegar a percibirse como quien realmente las enuncia (el Otro habla en él). Estas palabras vacías de significación inicial se irán progresi-

vamente amplificando hasta llegar a convertirse en voces que irremediamente hablan de él, y lo hacen de manera injuriosa. Está por ver si el sujeto ante esta respuesta de lo real que representa la alucinación podrá llegar a construir su propia respuesta como sujeto (el delirio).

En síntesis, Lacan trata de vehicular el diagnóstico diferencial entre psicosis y neurosis mediante la búsqueda de perturbaciones, pero no ya en el contexto de los fenómenos, sino en la relación del sujeto con el Otro del lenguaje, llegando a especificar, por otra parte, un mecanismo específico de la psicosis: el concepto de forclusión como rechazo radical del significativo del Nombre del Padre.

De esta manera, si la función que cumple el Nombre del Padre es amortiguar la presencia devastadora del lenguaje, su ausencia deja al sujeto a merced de toda una serie de fenómenos de intrusión (alucinaciones auditivas, eco del pensamiento...) y de fenómenos auto-referenciales que no hacen más que dar cuenta de esa estructura que habita en él y que, veladamente, existe en cada uno de nosotros.

En definitiva, la psicosis es la estructura que nos muestra la presencia irremediable del lenguaje, pero, a la vez, la estructura misma del lenguaje sobre el sujeto. Y es que, como dice Lacan, "...] *al ser del hombre no sólo no se le puede comprender sin la locura, sino que ni aún sería el ser del hombre si no llevara en sí la locura como límite de su libertad*" (21).

Correspondencia

Luis-Salvador López Herrero
C/ Páramo nº 1-piso 5º a. escalera 3
24006 León
Teléfono 987 253 856.

(21) *Me parece claro, en efecto, que en los sentimientos de influencia y de automatismo el sujeto no reconoce sus propias producciones en su calidad de suyas. En esto, todos estamos de acuerdo: un loco es un loco* (20).



BIBLIOGRAFÍA

- 1) Lacan, J., *Escritos 1, Acerca de la causalidad psíquica*, México, Siglo XXI, 1990, p. 166.
- 2) Laing, R., *El yo dividido*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- 3) Lacan, J., *Escritos 1, Acerca de la causalidad psíquica*, México, Siglo XXI, 1990, p.156.
- 4) Dalí, S., *Vida secreta de Salvador Dalí*, Barcelona, Antártida, 1993, p. 427.
- 5) Lacan, J., *Escritos 1, Acerca de la causalidad psíquica*, México, Siglo XXI, 1990, p.166.
- 6) San Juan, *La Sagrada Biblia*, Madrid, Editorial Católica, 1963, p. 1100.
- 7) Dalí, S., *OUI 2, Declaración de la independencia de la imaginación y de los derechos del hombre a su propia locura*, París, Denoël Gonthier, 1971, pp. 104-108.
- 8) Dalí, S., *El mito trágico del "Ángelus" de Millet*, Barcelona, Tusquets, 1978.
- 9) Lacan, J., *Escritos 1, Acerca de la causalidad psíquica*, Madrid, Siglo XXI, 1990, p.166.
- 10) Rimbaud, A., *Vida y hechos de Arthur Rimbaud*, Madrid, Poesía, 2002, p. 44. 11) Lacan, J., *Seminario 3, Paidós*, Barcelona, 1992, p.358.
- 12) San Juan. *La Santa Biblia*, Ediciones San Pablo, Madrid, 1989, p. 1518.
- 13) San Juan, *La Sagrada Biblia*, Madrid, Editorial Católica, 1963, p. 1101.
- 14) Lacan, J., *Escritos 1, Acerca de la causalidad psíquica*, Siglo XXI, Madrid, 1990, p. 144.
- 15) Lacan, J., *Escritos 1, Acerca de la causalidad psíquica*, Madrid, Siglo XXI, 1990, p.166.
- 16) Dalí, S., *Vida secreta de Salvador Dalí*, Barcelona, Antártida, 1993, p. 321.
- 17) Gibson., I., *La vida desaforada de Salvador Dalí*, Barcelona, Anagrama, 1998, p. 473.
- 18) Lacan, J., *Seminario 3*, Barcelona, Paidós, 1992, p. 289.
- 19) Platón, *El Banquete, o del amor*, Obras Completas, Madrid, Aguilar, 1990, p. 567.
- 20) Lacan, J., *Escritos 1, Acerca de la causalidad psíquica*, Madrid, Siglo XXI, 1990, p. 156.
- 21) Lacan, J., *Escritos 1, Acerca de la causalidad psíquica*, Madrid, Siglo XXI, 1990, p. 166.